

BLOC DE NOTAS

Memorias del napátrida

Erri De Luca profundiza en el desarraigo en una bella historia parcelada de desapego a la pertenencia y a la vez orgullo, que le devuelve a la ciudad de sus orígenes

Luis M. Alonso

La escritura de Erri De Luca (Nápoles 1950) es culta, fluida y elegante, está llena de musicalidad. Resulta especialmente lírica en «Napátrida» (Napólide, en italiano), un pequeño y hermoso libro autobiográfico, publicado por primera vez en 2006 y que ahora ve la luz gracias a Periférica. Para apreciarla no hace falta estar de acuerdo con algunas sentencias iluminadas, más que luminosas, del autor: rescoldos de aquellos «folios sísmicos» que, de joven y siendo albañil en las fábricas del norte, De Luca enviaba a «Lotta Continua», el periódico de la organización homónima de extrema izquierda, de la que salió para dedicarse a la literatura y a las causas humanitarias. «Napátrida» profundiza en el significado del desarraigo, refiriéndose a Nápoles, su ciudad de origen, que dejó con apenas dieciocho años para después fugazmente volver.

Es esa Nápoles del desapego y del amor, herida y mágica, que Anna Maria Ortese describió con una mezcla de fascinación y horror, que encuentra a sus santos bajo tierra, los pesca en la lava incandescente del Vésuvio y recoge de los chorros de magma que parten los terroni. Una Nápoles que reza en el lenguaje físico, de los silencios sonoros y los clamores, que se desliza al mar a través de embudos y callejones angostos, la misma que Erri De Luca abandonó teniendo aún cuerpo de muchacho, como él mismo escribe, cuando su padre con los ojos secos

no distinguía ya el cielo del mar. «Así fue como Nápoles se cerró a mis espaldas echando una cortina tras otra para retirar la luz, como la retina desgarrada de mi padre ciego asomado a la terraza». Nunca más, cuenta, volvió a echar raíces en ninguna otra parte: «Quien se despegó de Nápoles se despegó en el fondo de todo: ni siquiera le queda saliva para pegarse a nada ni a nadie». Escribe en las primeras páginas que si bien no tiene derecho a definirse como apátrida, puede decir de sí mismo que es napátrida: «Alguien que se ha raspado del cuerpo sus orígenes para entregarse al mundo».



Erri De Luca. | PIM

El primer recuerdo, la historia del viaje que el autor emprende a los dieciocho años, es también el preámbulo de un regreso posterior para amar. Cuando el amor llega a su fin, entonces De Luca abandona a su chica y la ciudad para siempre. Luego reviven otros muchos: la ira de la maestra de primaria; el dialecto local; las comedias de Eduardo De Filippo, «como si fueran el esqueleto de una novela, reducida a la mera acción de las voces»; la furia desatada del ábrego en la punta del muelle de Mergellina, que simulaba el Cabo de Hornos; el fútbol; el Maradona; la sexta flota americana; la pesca; las calles; el volcán, y el ragú. Las páginas incluyen semblanzas de Totò y Giancarlo Siani, el periodista asesinado por la Camorra. Y resuenan las voces perfectamente audibles de las historias escuchadas en voz alta en la infancia, porque se trataba de una infancia acústica, en la que el oído era el órgano maestro. El autor de «Napátrida» aguarda hasta el final para mirarse en el espejo en el que contempla la imagen de un hombre solitario que cocina un plato de pasta por la noche y que se percató de que es Navidad solo por el reflejo a través del cristal de la ventana de su rostro opaco, «rodeado de un confeti de gotas luminosas». Entonces, ese hombre que come y bebe en soledad coge una guitarra y canta una canción que se extiende por el cuarto.

Nápoles no es únicamente el escenario, sino el personaje de este homenaje de un hijo que halló la manera de desprenderse de su pertenencia reivindicando, al mismo tiempo, el orgullo de ser napolitano. Igual que pensaba el propio Raffaele La Capria, en su admirada génesis partenopea, puedes amar mucho un lugar sin convertirlo en el topos de tu existencia. Erri De Luca cita en una de las veinte pequeñas piezas de «Napátrida» las palabras «Ver Nápoles y morir» referidas al relato de Conrad, de 1906, ambientado en la ciudad, para resumir la manera en que la muerte ha sido capaz de convivir a lo largo de los años con el principal reclamo turístico. La inseguridad y el matonismo camorrista, con la belleza. El desaliento y la esperanza.*



Napátrida

Erri De Luca

Traducción de Carlos Gumpert Melgosa

Periférica, 144 páginas, 12 euros

Cultura.

TINTA FRESCA

El corazón de las tinieblas

Iñaki Martínez agita en «Lo que dejan ver las sombras» un cóctel explosivo en La Habana de 1953

Tino Pertierra

Pongámonos en situación. Viajamos en el tiempo. A La Habana de 1953. Momentos tensos e intensos en una ciudad que es un hervidero de ambiciones, miserias y misterios. Juegos de poder, siempre en maltrecho y peligroso equilibrio. La sombra del dictador Batista es alargada y las garras del gángster Meyer Lansky se extienden por todas partes. Un escenario perfecto para situar una trama negra como el futuro de muchos de sus personajes. En ese laberinto de pasiones y codicias se mezclan clanes mafiosos, sueños revolucionarios, arribistas y aventureros, inocencias y ruindades. De repente, las balas derriban a agente de la CIA Stanley Mortimer a las puertas del hotel Nacional.

¿Quién apretó el gatillo? Su jefe, Ray Colmore, se ocupa de investigarlo. Primeros indicios: el secuestro de una heredera de un imperio de ron, Carolina Bacardí, a manos de una familia criminal, los Cavalcanti, puede esconder los motivos del atentado. Y es que la secuestrada fue liberada y sus captores fueron capturados, pero la pasta... ¿dónde está la pasta? Ah, y la que fuera guionista de «Casablanca», Joan Alison, entra en escena para reencontrarse con su antiguo amor, el ex sacerdote Martín Ugarte. Los lectores de Martínez reconocerán a personajes que ya aparecían en las dos obras anteriores. Viejos amigos. Aquellos días y aquellas noches en Tánger... La chispa vuelve a prender. Bogart y Bergman sabían mucho de eso.

Iñaki Martínez, que nació en Guatemala, es hijo de un miembro de la Brigada Vasca en la Segunda Guerra Mundial. Abogado de profesión, en «Arrestó» relató la relación entre ETA y el mundo empresarial. De él conocíamos su destreza narrativa y su capacidad para construir atmósferas densas y evocadoras: «La ciudad de la mentira» (2015) y «Cuando los hombres llevaban sombrero» (2018) así lo demostraron. Ahora lo confirma con «Lo que dejan ver las sombras», un suculento festín para los aficionados a la tinta muy negra y también para los cinéfilos experimentados en caminar sobre el filo de la navaja de tantas películas memorables en las que las tramas de espionaje se mezclaban con pliegues detectivescos al servicio de personajes de verbo amantillado y destinos trepidantes. «Casablanca» a la cabeza, claro. De ritmo implacable y estructura implegable, la novela de Martínez se adentra en las sombras de la condición humana tras proponer una reveladora cita de Céline: «Todo lo interesante ocurre en las sombras; no cabe duda, no se sabe nada de la historia auténtica de los hombres».

Como tantas obras de similares costuras y calados, «Lo que dejan ver las sombras» bebe en vaso largo y beso intenso de fuentes turbias a veces y cristalinas otras, sobre todo cuando irrumpen en escena las amistades a prueba de fuego y los romances que se resisten a morir a pesar de las distancias y los obstáculos.



Lo que dejan ver las sombras

Iñaki Martínez

Alt, 432 páginas, 21 euros